

garlos, lo cual hace que abandonen el imperio y busquen un refugio entre los Lombardos. ¿Qué pueden sufrir entre los Bárbaros que sea peor que el verse obligados á vender sus hijos?„

Se ve que los que se calificaban de Bárbaros eran menos crueles que la administración fiscal de los emperadores. Los Arabes, á quienes los cristianos comparan á una tempestad, fueron llamados como salvadores por muchas poblaciones maltratadas del imperio. Después de esto, ¿lamentaremos todavía la invasión germánica y la conquista árabe? *Salviano* dice que los Galos y los Españoles

se sustraían por medio de la fuga á la hábil administración de Roma, y que encontraban más humanidad entre los Bárbaros, sus enemigos, que entre los Romanos, sus amigos. Se ha acusado de exageración al *Jeremías* cristiano; pero hé ahí un papa que nos dice que los más bárbaros de los Bárbaros eran todavía más humanos que los exarcas de Constantinopla. Verdaderamente es necesario estar tocado de ceguedad para no bendecir como un beneficio la terrible invasión que nos ha salvado del despotismo imperial.

## CAPITULO II

### EL GATOLICISMO Y LA IGLESIA GRIEGA

#### § I.—El cristianismo griego.

El destino del cristianismo entre los Griegos se enlaza con una cuestión de inmenso interés: ¿tiene la religión poder bastante para regenerar á las naciones? Nosotros responderemos, con la historia del Bajo-Imperio en la mano, que cuando la corrupción ha viciado los elementos vitales de un pueblo, no puede ser salvado por las creencias, y que sólo la infusión de una sangre nueva puede devolverle la vida (a). La Europa debe esa regeneración saludable á los Bárbaros; la ha pagado con las ruinas de una cultura todavía brillante, la ha pagado con la muerte de millares de sus hijos; pero de aquel inmenso cataclismo ha salido trasformada,

(a) Esta es otra teoría singular con la que no todos podrán estar conformes. ¡Ay de la Europa! ¡ay del mundo! si fuera necesaria una irrupción de Bárbaros cada vez que una nación se postra y decae para levantarse y regenerarse. Postradas y enervadísimas casi todas las naciones de Europa bajo el imperio del despotismo y por la desviación y enmascaramiento de la idea cristiana, ¿por ventura, no se han levantado y regenerado todas sin necesidad de Bárbaros? ¿Y á qué es debido más que al poderoso y eficaz influjo de las ideas y de las creencias ese fenómeno de regeneración y de nueva vitalidad? Á monsieur Laurent le extravían sus preconceptos. Las exageraciones en pro y en contra de las ideas religiosas son funestas.—*(N. del T.)*

fuerte, capaz de presidir á un nuevo desarrollo de la humanidad. Los Griegos del Bajo-Imperio no pasaron por ese bautismo de sangre, y han perecido, sin que el cristianismo pudiese detener su ruina. Para que la religión fortalezca á los pueblos, es preciso que los hombres tengan todavía la fuerza necesaria para rejuvenecerse, y los Griegos ya no la tenían. A las naciones que dejan que sucumba la moral, el derecho y la libertad, les dice la historia: Vuestra suerte será la del Bajo Imperio.

Si los Bárbaros hubiesen destruido el imperio de Oriente como el imperio de Occidente, quizá deploraríamos aún en el día la pérdida de la civilización romana; tal vez diríamos: ¿Para qué los Bárbaros? ¿No bastaba el cristianismo para dar una nueva vida á la sociedad? Pero el Bajo-Imperio, aun cuando atacado por los Bárbaros, les resistió diez siglos: ¿regeneró la religión á los Romanos durante ese largo período, ó fué más bien la decrepitud romana la que inficionó á la religión? Los hechos responderán.

Juliano el Apóstata decía que jamás se convertiría un Griego á la adoración de un crucificado

y al culto de los muertos: el emperador consideraba la civilización helénica y el cristianismo como dos elementos inconciliables (1). Hay una profunda verdad en esa idea. Los Griegos se convirtieron, es cierto, pero conservaron los sentimientos, los gustos y las pasiones del paganismo. Esa tendencia se descubre en las continuas querellas sobre el culto de las imágenes que desgarraron el imperio de Oriente, querellas que simbolizaban la lucha del espíritu severo del cristianismo contra el genio poético de la Grecia. Triunfaron los partidarios de las imágenes; pero ¿qué resultó? Que el paganismo helénico se inoculó en la religión cristiana. El Occidente protestó contra aquella invasión de los dioses y las diosas de Homero, por la voz de Carlomagno y de los concilios de Francfort y de París; y aun cuando la protesta se estrellase contra la ignorancia y la superstición, respondía, sin embargo, al genio de los pueblos occidentales; y cuando llegó la Reforma, quedó ganado el pleito á favor de los iconoclastas. La Iglesia griega perpetuó la idolatría antigua, si no en teoría, á lo menos de hecho.

El helenismo ha venido á ser el principio de la más brillante civilización, porque ese principio entrañaba el de la libertad de pensar. Pero no sucedió eso con el paganismo cristiano del Bajo-Imperio, que embrutecía las inteligencias para dominar las mejor. "Cuando considero, dice Montesquieu, la profunda ignorancia en la cual el clero griego sumergió á los legos, no puedo menos de compararles á aquellos Escitas de que nos habla Herodoto, que sacaban los ojos á sus esclavos para que no se pudieran distraer y nada les impidiese el batir la leche... Una superstición grosera que abate el ánimo otro tanto como la religión lo eleva, puso la virtud en la estúpida veneración de las imágenes."

La decadencia de la raza helénica precipitó la de la religión. Los Griegos eran dados á la filosofía, y llevaron á la Iglesia el gusto á las especulaciones. Durante la primera época del cristianismo, la alianza del genio helénico con el Evangelio produjo frutos admirables. Los teólogos de la Iglesia griega fueron los que formularon el dogma cristiano, y los diez concilios generales, celebrados desde el siglo IV al VIII, se compusieron casi ex-

(1) Véase la parte cuarta de mis *Estudios*.

clusivamente de los obispos de Oriente (1). Mas aquella rica facultad de la raza helénica degeneró en medio de la decadencia universal, y las discusiones religiosas vinieron á ser luchas de retóricos (2): "Los Griegos, grandes habladores, grandes disputadores, naturalmente sofistas, embrollaron la religión con sus controversias. Las discusiones teológicas eran tanto más frívolas cuanto más frecuentes y más vivas." "En lugar de creer, se disputaba; en vez de orar, se argüía. Los caminos se veían frecuentados por obispos que iban y venían á los concilios; apenas bastaban las sillas de posta del imperio; toda la Grecia era una especie de Peloponeso teológico en que los átomos se baten por átomos."

Lejos de ser un elemento de fuerza, fué la religión un motivo de decadencia; las contiendas teológicas dividieron y ensangrentaron el imperio; y si se va á examinar, aquellas miserables contiendas tenían por objeto una palabra ó una sílaba. Los Griegos cantaban en las iglesias: "*Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos.*" Es el famoso *trisagio* que los ángeles y los querubines se dice que repiten ante el trono de Dios, y que fué milagrosamente revelado á la Iglesia de Constantinopla á mediados del siglo V. Pero hé aquí que á los de Antioquia se les antoja añadir al himno angélico estas palabras "*Que fué crucificado por nosotros.*" Pues se encontró que era una herejía el dirigir á toda la Trinidad lo que no podía convenir más que á Jesucristo. Los partidarios del *trisagio* puro y simple y los del *trisagio* modificado se vinieron á las manos dentro de la catedral de Constantinopla; la mitad de la capital fué presa de las llamas, y perecieron 6.000 cristianos en nombre de un Dios de paz y de caridad (3).

Solamente considerando el profundo horror que tienen los ortodoxos á los herejes, se puede formar idea del odio que producen las discusiones teológicas. Los Griegos se creían manchados cuando hablaban á un hereje ó cuando vivían en su compañía; un hereje, á sus ojos, era peor que un ex-

(1) En el concilio de Nicea había 315 obispos orientales y 3 de Occidente: en el concilio de Constantinopla (a. 384) 149 obispos griegos y 1 de Occidente, y en el concilio de Calcedonia (a. 451) 350 obispos griegos y 3 latinos (GUIZOT, *Curso de historia*, lec. XII).

(2) MONTESQUIEU, *Grandezas y decadencia de los Romanos*, c. 20.—DE MAISTRE, *del Papa*, IV, 9.

(3) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, II, 2, página 1004.

tranjero y que un Bárbaro. Las disidencias religiosas degeneran en divisiones políticas. Arrastrados por el vértigo general, los emperadores tomaron parte en las cuestiones religiosas; y como los jefes del Estado eran, en cierto modo, los papas de la Iglesia griega, la opinión seguida por el emperador venía á ser la doctrina ortodoxa, y de ahí se seguía que las sectas vieran en el príncipe un enemigo y en los que seguían su opinión aduladores del poder (1). Las antipatías de raza venían luego á envenenar las contiendas religiosas y políticas, y de este modo fué como las cuestiones teológicas produjeron la disolución del imperio.

La secta de los monofisitas, perseguida en el imperio, encontró un asilo en Egipto. Quizá los Egipcios no eran monofisitas, sino porque sus dominadores eran ortodoxos; detestaban á los *Melchitas* ó realistas como dominadores extranjeros. Corroboran esta opinión el hecho de que los monofisitas egipcios fueron los amigos de todos los enemigos del imperio; se aliaron primero á Cosroes y después entregaron el Egipto á los Arabes. La misma herejía contribuyó á separar á los Armenios, los más antiguos y los más fieles aliados del imperio, que acabaron por echarse en brazos de los Persas. Los odios encendidos por el disenso sobre la naturaleza de Jesucristo fueron tan profundos, que sobrevivieron á la caída del imperio griego. También fué una cuestión teológica sobre Cristo la que separó del imperio á la poderosa secta de los nestorianos, que, perseguidos por Justiniano, se refugiaron á Persia; desde allí difundieron el cristianismo y la ciencia griega por el Asia oriental; pero continuaron siendo los enemigos de sus perseguidores (2). Los Persas y los Arabes se aprovecharon de aquellas discordias, arrebatando al imperio la Siria, el Egipto y las costas de Africa; pero los Griegos continuaron incorregibles: el furor de las disputas teológicas era una enfermedad crónica. Cuando Cantacuceno sorprendió á Constantinopla, encontró al emperador y á la emperatriz ocupados en un concilio contra algunos enemigos de los frailes. Y cuando Mahomet la sitió, estaban más preocupados del concilio de Florencia que de la llegada de los Turcos (3).

(1) MELCHITAS, *Realistas*.

(2) GIBSELER, *Kirchengeschichte*, t. I, §§ 86, 110, 120.

(3) MONTESQUIEU, *Grandezas y decadencia de los Romanos*, c. 20.

La religión dominaba sobre las almas, y, sin embargo, la Iglesia griega no llegó á hacer que penetrase el espíritu del cristianismo en el estado social y en las costumbres. En el Occidente, el catolicismo trasformó insensiblemente la barbarie germánica. Y la humanidad de nuestras costumbres y de nuestras leyes es debida en gran parte á la educación cristiana. En Oriente, el monaquismo era todopoderoso: "Ningun negocio de Estado, ni paz, ni guerra, ni tregua, ni tratado alguno, ni matrimonio, ningun asunto se trataba sino por mediación de los frailes; de ellos se componían los consejos y los tribunales, de ellos todas las asambleas y corporaciones." ¿De qué sirvió su excesiva influencia? ¿Acaso para corregir á los príncipes? El imperio de Oriente tuvo emperadores teólogos, pero no ha tenido un San Luis. Aquellos teólogos coronados no tenían de la religión más que el espíritu cuestionador, sutil y rencoroso. Justiniano persiguió á los herejes durante su largo reinado, y murió siendo hereje. La dominación de los frailes debilitó el imperio por la falsa devoción que inspiraron á los príncipes: "Mientras que Basilio ocupaba los soldados de su ejército en construir una iglesia á San Miguel, dejaba que los Sarracenos saqueasen la Sicilia y tomasen á Siracusa. Andrónico abandonó la marina, porque se le aseguró que Dios estaba tan contento de su celo por la paz de la Iglesia, que sus enemigos no se atrevían á atacarle. Aquel piadoso emperador temía que Dios le pidiese cuentas del tiempo que empleaba en gobernar á su pueblo y que robaba á los ejercicios espirituales." (1). ¡Tal es el ideal de un príncipe cristiano, según el cristianismo griego!

La Iglesia griega reprobaba la esclavitud acaso más que la Iglesia occidental (2). Sin embargo, en el Occidente desapareció la servidumbre bajo la influencia de las costumbres germánicas, y en el imperio de Oriente, la legislación la consagraba aun después de diez siglos de cristianismo (a).

(1) MONTESQUIEU, *Grandezas y decadencia de los Romanos*, c. 20.

(2) Véanse mis *Estudios sobre el cristianismo*.

(a) También aquí hay exageración y parcialidad, porque no hay desconocimiento de los hechos. Lo que hizo León el filósofo en Bizancio no lo hizo el emperador ni rey alguno de Occidente. La extirpación del cáncer de la esclavitud ha sido obra lenta y de siglos en Occidente como en Oriente. Si en éste ha durado más, ¿á quiénes es debido más que á los sectarios del islam? Negar la poderosa y eficaz influencia que en la obra de la abolición ha ejercido la idea cristiana es cerrar los ojos á la luz.—(N. del T.)

León el Filósofo publicó un pomposo edicto para prohibir al hombre libre enajenar su libertad, pero subsistió la esclavitud. Los hombres estaban siempre divididos en libres y esclavos, como en tiempo de Justiniano, y las leyes trataban de los vicios redhibitorios de los esclavos como tratan nuestras leyes de los vicios redhibitorios de los animales (1). Fueron necesarias repetidas ordenanzas para permitir á los esclavos el matrimonio religioso; los amos tenían miedo de que el matrimonio emancipase á sus esclavos: ¿cómo se había de poder casar el que se reputaba como una cosa? (2). El único progreso que se puede atribuir á la influencia del cristianismo es el de que los prisioneros cristianos no eran ya reducidos á servidumbre; pero á los Bárbaros y á los gentiles no se les consideraba como hombres, y la esclavitud continuó siendo su lote hasta la caída de Constantinopla (3).

La esclavitud, ese crimen de la antigüedad, sobreviviendo al mundo antiguo, es una prueba evidente de que el cristianismo no hubiera bastado para regenerar á la sociedad, ni regeneró tampoco las costumbres. El furor del circo era igual al furor de las disputas religiosas. Las pasiones dominantes de los Griegos de Bizancio acreditan que la religión cristiana no hizo más que tocar someramente á las almas, y la civilización misma decayó. ¿Fue el helenismo el que corrompió el Evangelio, ó la teología cristiana la que produjo la decadencia del genio griego? Nosotros creemos que la fuente del mal estaba en la decrepitud de la raza helénica. La corrupción estaba demasiado avanzada para que la curación fuese posible; que aquella corrupción favoreció el despotismo, y que el despotismo imperial influyó sobre la Iglesia griega, someténdola á los caprichos de la tiranía.

## § II. — La Iglesia y el Estado.

Cuando, á fines de la Edad Media, los pueblos de raza germánica se rebelaron contra el papado, un inmenso grito de reprobación se levantó contra

(1) LEONIS *Constit.*, 100, 21.

(2) El emperador Alejo Comneno ordenó que el matrimonio de los esclavos fuese celebrado religiosamente como el de los hombres libres, pero sin que la solemnidad religiosa alterase los derechos de los dueños (BIOT, *De la abolición de la esclavitud en Occidente*, p. 213). El emperador Basilio había dado ya el mismo decreto.

(3) BIOT, *De la abolición de la esclavitud en Occidente*, p. 228.

Roma; los reformadores deploraban la larga tiranía en que había gemido la cristiandad; llenaron de invectivas á los papas, calificándolos de anticristo y prodigándoles todas las injurias que suministran las imágenes del Apocalipsis. La Iglesia griega responderá á esas acusaciones apasionadas. De buena hora se separó del papado; ¿y cuál fué su destino? Una vergonzosa servidumbre. La religión vino á ser un instrumento en manos del despotismo imperial, y en aquel contacto perdió el cristianismo la virtud civilizadora que le distingue entre los Bárbaros. Faltábale la libertad, y sin libertad no hay vida (a).

El imperio griego continuó la antigüedad. El elemento cristiano dominaba allí en apariencia; pero, en realidad, era el elemento grecorromano. El cristianismo se estableció en medio de una civilización avanzada que tuvo que respetar, dentro de un estado político que no podía destruir. Cuando Constantino repudió el paganismo, nada cambió más que la religión del Estado, y ni siquiera se sospechaba que el cambio de religión entrañase toda una revolución social. El viejo edificio de la sociedad subsistió, y los emperadores fueron los grandes pontífices del cristianismo (1), como antes habían sido los de la sociedad pagana. No había más que una diferencia entre los derechos del emperador cristiano y los de los Césares romanos, y es la de que aquéllos no tenían la facultad de celebrar (2). Pero la separación del poder civil y del poder religioso no era más que aparente, y encubría la servidumbre de la Iglesia.

Los emperadores nombraban los obispos y daban leyes sobre la constitución y la disciplina de la Iglesia; convocaban y presidían los concilios, y bajo sus aspiraciones decidían los obispos las contiendas teológicas; hasta llegaron á reglamentar la fe sin intervención de concilios (3). Hemos dicho antes que los papas mismos estaban sometidos á aquel poder arbitrario en tiempo de Justiniano; más bien que el obispo de Roma, era jefe de la Iglesia el emperador. El cardenal Baronio deplora amar-

(a) ¿Cómo quiere Mr. Laurent atribuir al cisma de Oriente su despotismo imperial y su postración, cuando tiene ante los ojos el efecto contrario en Inglaterra, en Alemania y en Rusia misma?—*N. del T.*

(1) SOCRAT., *Hist. eccl.*, libro IV, *præm.*

(2) DEMETRIUS CHROMATENUS, citado por LEQUIEN, *Oriens christianus*, t. I, c. 13.

(3) GIESELBR., *Kirchengeschichte*, t. I, § 414.

gamente aquella usurpación: "Un emperador cristiano, exclama, se ha mostrado más duro que los Césares gentiles; aquel que tenía la pretensión de ser el más grande de los legisladores ha violado horriblemente el derecho divino." El historiador católico se lamenta, con razón, del servilismo con que el clero se sometió á semejantes pretensiones (1). Tal es, en efecto, la condición de la Iglesia griega: el emperador un déspota y el episcopado sometido á la voluntad del emperador.

En el imperio de Occidente sucedió lo mismo. El episcopado dependía también de los reyes, pero era por efecto de la posición que los obispos ocupaban en la aristocracia territorial. En el imperio de Oriente, los obispos estaban subordinados al emperador, como todos los agentes de la administración, y de ahí resultó que la servidumbre, consecuencia del despotismo oriental, degradó también á la Iglesia. En el siglo VI enviaron los Francos una embajada á Constantinopla, y el clero de Italia dió á los enviados las noticias que creyó útiles para el éxito de su misión: "Los obispos griegos, les dijo, tienen grandes y opulentas iglesias, y no soportan el estar suspendidos dos meses del gobierno de las mismas, pero también consienten sin oposición en hacer todo lo que se les pide, atemperándose á los tiempos y á la voluntad de los príncipes," (2). El emperador tomaba parte en todas las discusiones religiosas, y siempre contaba con una mayoría en favor de su opinión. ¿Cuándo han faltado á los príncipes, dice el severo *Tillemont*, obispos aduladores y esclavos de su voluntad? (3). De ahí resultaba una vergonzosa versatilidad en las creencias. Los obispos, en gran mayoría, eran enemigos del culto de las imágenes, y antes del concilio de Nicea manifestaron su aversión en los términos más violentos, pero debido á que los emperadores eran iconoclastas; y cuando les agradó restablecer las imágenes, aquellos obispos se pronunciaron en favor de un culto que antes habían declarado idolátrico, y lanzaron anatemas contra aquellos que no adorasen las venerables imágenes y contra aquellos que se atreviesen á calificarlas de ídolos (4). Los obispos eran ortodoxos ó

herejes, según el capricho ó el interés del amo.

Tal vez hubiera habido un medio de salvación para la Iglesia griega en su estrecha alianza con el papado; pero apenas se establecieron los patriarcas en Constantinopla aspiraron á la independencia, sin reparar que rompiendo el vínculo que les unía á Roma, remachaban la cadena que les ataba al emperador. La ambición y la superioridad de la cultura helénica les cegaron. Obispos de la nueva Roma, no querían depender de la decaída Roma dominada por los Bárbaros; y en el orgullo de su vana ciencia, despreciaban la dureza de la Iglesia oriental. Al término de esa oposición insensata se encontraba el cisma; no importa, con tal que los patriarcas sean los iguales de los papas. Pero ¿cuál fué la suerte de esos papas del Oriente? Si se quiere saber lo que hubiera sido el papado y la Iglesia de Occidente bajo el régimen romano, que se eche una mirada á lo que fué el Bajo-Imperio. El patriarca Macedonius, á quien la Iglesia ha puesto en el número de los santos, se atrevió á oponer una resistencia al emperador Anastasio á que no estaban acostumbrados los señores de Constantinopla. Después de haber ensayado en vano toda especie de persecuciones para vencer la oposición del patriarca, el emperador concluyó por arrojarle de su iglesia, sin juicio ni información, y Macedonius se vió relegado al Ponto. Y no paró en esto, sino que en la silla de un santo se colocó á un hombre á quien sus infamias habían granjeado mil epítetos injuriosos. Pues Anastasio encontró un concilio que consagró aquella iniquidad, y una asamblea, en que se sentaban los acusadores del patriarca, le condenó sin oírle y sin examinar un solo testigo (1). En la larga lucha que dividió á la Iglesia griega por la cuestión de las imágenes, los emperadores nombraban y deponían á los patriarcas, los cuales ó se plegaban á su voluntad, ó eran perseguidos. Los obispos concluyeron por ser juguete de los caprichos imperiales, hasta el punto que un concilio declaró válido el matrimonio adulterino de un emperador en razón á que éste no estaba sometido más que á Dios (2).

Dice *Montesquieu* que "la fuente más emponzoñada de todas las desgracias de los Griegos era la de que no conocieron nunca ni la naturaleza ni

(1) BARONIUS, *Annal. eccl.* ad a. 554 (t. VII, p. 467).

(2) *Epistola legatis Francorum ab Italia clericis directæ* (MANSI, IX, 158).

(3) TILLEMONT, *Memorias eclesiásticas*, t. XVI, p. 676.

(4) MANSI, *Concil.* XII, 1015.

(1) TILLEMONT, *Memorias eclesiásticas*, t. XVI, p. 690.

(2) FLURBY, *Hist. eclesiástica*, t. X, p. 1 y sig., 77 y siguientes.

los límites del poder eclesiástico ni del secular, lo que hizo que cayesen en extravíos continuos de una y de otra parte. Pero aquella confusión del poder civil y del poder religioso existió en la antigua Roma, y no fué obstáculo para que se engrandeciese y dominase á los demás pueblos. Nosotros creemos que la verdadera fuente de la decadencia del cristianismo en el Bajo Imperio fué la decadencia de la raza griega. Los vicios de la antigüedad se perpetuaron en Constantinopla con los restos de la cultura antigua; la corrupción engendró el despotismo y éste destruyó lo que quedaba de vida á la sociedad. ¿Por qué no consiguió el cristianismo

reformular las costumbres antiguas? Después del advenimiento de Constantino, los Griegos se convirtieron en masa al Evangelio, pero continuaron siendo gentiles de espíritu, de hábitos y de vicios. El cristianismo no podía dar el deseo y la fuerza de la libertad á seres degenerados, esclavos de sus pasiones; él mismo no tenía el sentimiento de la libertad civil y política, y los hombres á quienes se dirigía eran incapaces de comprenderle. La fatalidad arrastró á los Griegos á una decadencia inevitable; pero esa fatalidad era la expiación de sus faltas.

### CAPÍTULO III

#### MISION DEL BAJO-IMPERIO

El Bajo-Imperio se inaugura con la decadencia de la antigüedad, y su decrepitud continúa desde el siglo IV al XV. No nos cumple investigar las causas que produjeron su ruina; más bien hay que investigar cómo pudo sobrevivir tan largo tiempo al mundo antiguo, de que no era más que un despojo. *Montesquieu* encuentra la causa de esto en las divisiones que debilitaron á los Arabes, en la invención del fuego gregisco, que permitió á los Griegos quemar las escuadras de sus enemigos, y, por último, en las riquezas, fruto del comercio y de la industria. Nos parece que el ilustre historiador ha olvidado la causa que á un mismo tiempo produjo la fuerza y la debilidad de Bizancio. Heredera de Roma, recibió en herencia el secreto del gobierno que había permitido á una ciudad dominar al mundo; fué la administración romana la que ha sostenido el Bajo-Imperio. Se lee en las fábulas cabalísticas que, después de la muerte de Salomón, su cadáver se mantuvo en pie un año entero, durante el cual los demonios, á quienes había obligado por medio de la magia á trabajar en el templo, continuaron su obra, creyendo que aun vivía el gran má-

gico. Roma murió con la antigüedad; pero su cadáver quedó de pie durante diez siglos; los pueblos la creían viva, y continuaron obedeciéndola. El poder del genio romano es más admirable en su decadencia que en su grandeza; sostuvo por espacio de mil años un imperio que ya no tenía ningún elemento de vida.

Los historiadores y los filósofos se han fatigado en buscar expresiones de desdén para estigmatizar aquella decrepitud secular. *Herder* califica la época bizantina de infame (1). Otro historiador alemán dice que hay pocos anales tan horribles como los de Constantinopla (2). Los escritores católicos sobre todo se encarnizan con los desdichados Griegos, culpables del primer cisma que desgarró la unidad católica, y comparan el Bajo-Imperio á un cadáver vestido de púrpura (3): "Su historia, dice el conde *de Maistre*, inspira compasión cuando no causa horror; se diría que la lengua francesa ha

(1) HERDER, *Ideen*, XVII, 3.

(2) ROTTECK, *Allgemeine Geschichte*, t. IV, p. 21.

(3) CANTU, *Historia universal*, t. VII, p. 494.